

Fin de mi historia

Su boca todavía escupía el sabor metalizado y agrio de la sangre. Una mancha rojiza y casi reseca adornaba la comisura de sus labios. Convertida en un ovillo de piel magullada, Rosa permanecía entumecida bajo la mesa del salón, oculta tras un manto de terciopelo que le servía de escudo. Recordaba haber pasado la tarde escribiendo su libro, mientras soñaba que algún día sus páginas dejarían de ser solo papel mojado y podría por fin ser libre. Porque en su baile de palabras, Rosa podía esconderse de todo, podía volar, reír o amar. Podía incluso vivir sin él. Sin aquel hombre que volcaba toneladas de furia y frustración sobre su alma ya casi inerte. Sin aquel hombre del que se sentía emocionalmente presa, del que no sabía cómo escapar.

Una tarde más, él había vuelto a casa embriagado por el sabor a whisky barato y había recreado una maquiavélica y repetitiva instantánea. En el suelo del salón, con las manos tumefactas y borracha de pena, Rosa sucumbía al olor rancio y fétido que desprendía el aliento de su marido. Un hombre al que amaba con locura y al que incluso comprendía cuando la obligaba a besarle. Al que perdonaba cuando lanzaba sin piedad una ristra de incesantes golpes en su rostro. Siempre que aquello ocurría, Rosa intentaba volverse invisible bajo la mesa y comenzaba a dibujar en su mente hermosos paisajes de cielos anaranjados que acogían en su seno cientos de nubes petalosas. Madejas de algodón que se solapaban animosas, hasta dar forma a un ocaso en llamas en el que esconderse de la tormenta. Casi todas las ideas maravillosas que había plasmado en el libro que estaba escribiendo habían nacido en esas tardes, en las que su mente conseguía escapar por unos segundos del dolor, mientras su cuerpo seguía constreñido por el miedo entre las patas de aquel viejo mueble. Aunque sabía que tenía que acabar con aquella situación, nunca hallaba el valor suficiente para ello. Se consolaba recurriendo a las páginas de su libro, que siempre conseguían trasladarla a infinitos remansos de paz. Gracias a

ellas al menos podía evadirse temporalmente de la realidad nauseabunda que le había tocado vivir.

Llevaba mucho tiempo saliendo de casa solo para hacer la compra semanal. No quería que él volviera de trabajar y encontrara la vivienda vacía. Si eso ocurría, todo sería mucho peor, si es que acaso podía serlo.

Habían pasado ya dos meses desde que una vecina de Rosa la hubiera abordado en el rellano del portal.

—Hola, me llamo Ana. Soy la vecina de la puerta de al lado —le saludó aquella joven mujer de tez nívea y sonrisa sincera.

—Hola... Yo soy Rosa —respondió ella, ciertamente desconcertada.

—En realidad ya sabía cómo te llamabas. Solo quería que tú supieras como me llamo yo —añadió Ana de manera resuelta.

—¿Ah sí? ¿Me conoces? —inquirió Rosa, todavía preguntándose por qué aquella misteriosa mujer tenía tantas ganas de hablar con ella.

—Sí, te conozco. Quería decirte que si algún día necesitas ayuda para escapar de ahí dentro, solo tienes que gritar mi nombre.

Aquel día Rosa confirmó que Ana escuchaba todo lo que ocurría dentro de su casa. Su edificio, infectado de pladur desde los cimientos, permitía que cualquier sonido traspasara sin pudor las paredes de los pisos. Tras aquella conversación, Rosa supo que era Ana quien llamaba a la policía cada vez que su marido la emprendía a golpes con ella. De hecho, no había una semana en la que no se personara una pareja de los cuerpos de seguridad en la puerta de su casa alegando que una persona anónima había alertado de la existencia de gritos y golpes en el interior. Habitualmente, Rosa escuchaba desde su escondite cómo su marido atendía amablemente a los policías en el quicio de la puerta. Mostraba una actitud tan aduladora, que antes hubieran creído que era ella quien le agredía a él. No cabía imaginar que aquel hombre de apariencia perfecta pudiera sembrar tanto terror en el corazón de su esposa.

Rosa se había cruzado con su vecina Ana en cientos de ocasiones, y aunque intercambiaban escasas palabras, sentía como si ella la conociera a la perfección. Aún recordaba una mañana en la que se había quedado estupefacta escuchándola hablar:

— ¿Qué tal llevas tu libro, Rosa? —Le dijo.

—¿Cómo sabes que estoy escribiendo un libro? Yo no te lo he contado —le espetó ella, sintiéndose de pronto desnuda.

—Te veo por las mañanas sentada al lado de la ventana, lápiz en mano —respondió Ana—. ¿Sabes que yo también escribo en mis ratos libres? En realidad soy trabajadora social, pero siempre que puedo disfruto de la escritura.

—Ah... No lo sabía —contestó ella, asimilando todavía el hecho de que su vecina llevaba tiempo observándola.

—Pues sí... Y, ¿sabes qué? Tú eres la protagonista de la novela que estoy a punto de terminar.

—¿Sí? Vaya... ¿Y te queda mucho para acabarla? —preguntó Rosa, visiblemente intrigada.

—En realidad depende de ti... Para que yo pueda ponerle fin, tienes que acabar tu historia primero.

Por alguna extraña razón, Rosa estaba convencida de que Ana sabía todo de su vida, más incluso de lo que debía saber. Por eso, le bastaba con mirarla a los ojos para sentirse extrañamente protegida y segura durante unos instantes. Esa percepción se esfumaba tan pronto como Rosa volvía a adentrarse en su casa. Sin embargo, la frase que aquel día le había susurrado Ana continuaba retumbando en su cabeza a cada segundo: «tienes que acabar tu historia primero». Sabía que aquella mujer constituía una de las escasas vías de escape al problema que llevaba años sufriendo, y aunque no se sentía capaz de despegar hacia aquel vuelo soñado, al menos le tranquilizaba la idea de que alguien supiera lo que ocurría dentro de su casa. «Si me mata, por lo

menos ella se dará cuenta», pensaba Rosa cada vez que sentía que cualquier tarde podía ser la última.

Una noche de otoño, la luz de la luna sorprendió a Rosa escondida entre los pliegues del faldón de la mesa camilla de su salón. Levantó con cautela el trozo de tela y vislumbró la calle a través de la ventana, tras abrir con titánico esfuerzo sus ojos encostrados. Las hojas muertas, que yacían cual manto dorado sobre el suelo, habían convertido las ramas de los árboles en alambres desnudos que apuntaban con descaro hacia Rosa. «Tienes que acabar tu historia primero», le gritaban. Tras la última paliza de su marido, había pasado el final de la tarde en su escondite, creando en su cabeza nuevas historias para plasmar en su libro a la mañana siguiente. Se quedó dormida escuchando de fondo el traqueteo de sus propias palabras, que iban arremolinándose en renglones escritos con la tinta de un sueño casi real. Páginas y páginas revoloteaban con armonía en aquel mundo paralelo, en el que Rosa sentía su piel ajada sumergida en un halo de espuma blanca que borraba el tatuaje violáceo de las magulladuras que envolvían su cuerpo. Sus músculos, comenzaban a sentirse ligeros y suaves, pero fuertes a la vez. Sus piernas podían correr, y saltar, y también flotar. Y de repente era capaz de volar, de sobrepasar la barrera del miedo y de vencer la tempestad. De repente se sentía libre. Valiente.

Al día siguiente de aquella noche de otoño, Ana esperaba paciente en su casa con el teléfono en la mano. Sería cuestión de segundos que los golpes empezaran a sucederse en la vivienda contigua. Pasaban cinco minutos de las seis de la tarde, cuando escuchó unos pasos firmes detenerse frente al 1ºA. Tras el tintineo de unas llaves saliendo torpemente de un bolsillo, la puerta de sus vecinos se abrió y cerró precipitadamente. Ana apretó los párpados con angustia y aguardó.

El tiempo comenzó a pasar. Lento. Pero ningún sonido perturbaba la extraña tranquilidad que fluía en el rellano. Era como si el silencio hubiera pactado cruelmente con el reloj, destruyendo con cada eterno movimiento de aguja la ilusión de que Rosa hubiera sobrevivido a la tarde del día anterior. La

terrible sensación de desasosiego comenzó a adueñarse de Ana. Un doloroso presentimiento la invadía, y entonces decidió llamar a la policía, una vez más, alertando de que algo irreparable podía haberle ocurrido a Rosa. En apenas cinco minutos, estaba escuchando el estridente timbre contiguo resonando por todo el edificio. Se asomó a la mirilla, temblorosa, y observó cómo los dos agentes entraban en la casa. Al poco rato, volvieron a salir, pidiendo disculpas a aquel hombre iracundo que se mostraba afable ante los agentes. «Dios mío, han entrado en la casa y no han visto a Rosa... No puede ser... Algo ha tenido que pasarle», pensó Ana, mientras sentía cómo la falta de esperanza comenzaba a helar su sangre.

Durante unos instantes, intentó sin éxito guardar la calma y forjar una estrategia que le permitiera averiguar qué le había ocurrido a Rosa. Aquello no podía quedar así. Tenía que hacer justicia por aquella mujer, tenía que darle voz a su alma.

Entonces, Ana posó su mano sobre el pomo de la puerta, mientras suspiraba sonoramente y notaba como sus dedos se atenazaban alrededor del picaporte. Apartó de un manotazo firme las gotas de sudor que comenzaban a brotarle por la frente, y abrió lentamente la puerta de su casa. Cuando el sensor de luz del pasillo notó su presencia, éste comenzó a iluminarse. Y entonces lo vio. Justo delante de sus ojos, yacía en el suelo un pequeño bulto rectangular, envuelto con prisa en papel de seda blanco. Se agachó para descubrir ansiosamente aquel misterioso objeto. Y sin poder evitar que una sonrisa infinita poblara su rostro, vislumbró una fina y elegante hilera de palabras adornando la portada de un libro:

«Fin de mi historia».